

# *El viento y la semilla*

RICARDO MARTÍNEZ LLORCA



*C*

Editorial Comba



Ocho años saltando a las letras hispánicas  
2014 - 2022

Colección Ensayo

# *El viento y la semilla*

RICARDO MARTÍNEZ LLORCA



Editorial Comba

Imagen de la portada:  
Fotografía de Ricardo Matrtínez Llorca

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Diagramación: Roger Castillejo Olán

© Ricardo Martínez Llorca

© Editorial Comba, 2022  
c/ Muntaner, 178, 5º 2ª bis  
08036 Barcelona

ISBN: 978-84-124638-2-8  
DL: B-1.275-2022

# Índice

Prólogo	9
Salamanca	15
Buenos Aires	25
Santiago del Estero	65
Tucumán	107
Quimilí	133
Resistencia	161
Salta	209
Libertador General San Martín	239

«No hay sabiduría cómoda.»

Albert Camus

«Una sociedad donde la mayoría de la gente depende, respecto a los bienes y servicios que recibe, de las cualidades, de la imaginación, del amor y de la habilidad de cada cual, pertenece a la clase considerada como subdesarrollada. En cambio, una sociedad en donde la vida cotidiana no es más que una serie de pedidos sobre catálogo al gran supermercado universal, se considera avanzada.»

Iván Illich

«¿Has visto alguna vez a una ardilla dando vueltas en su jaula? ¿Y a otra sentada filosóficamente sobre sus nueces? No hace falta que le pregunte cuál de las dos parecía más idiota.»

R. L. Stevenson

## Prólogo

En la meditación acerca del pasado, cuando el pasado ha estado vinculado al viaje, en una meditación de vejez prematura, caigo en la cuenta de que el mundo entero ha sido inverosímil y ajeno, un territorio de los demás al tiempo que un lugar amable. «Quien encuentra que su patria es dulce, todavía es blando; ya es fuerte quien se siente en cualquier país como en su casa, pero sólo alcanza la plenitud aquél para quien el mundo entero es tierra extranjera», afirmó Hugo de San Víctor. El mundo entero no es tierra extranjera para mí, pero es posible que en algún momento lo fuera, cuando cualquier forma de extranjería era un impulso a la curiosidad o para la curiosidad.

En el año 2008 emprendí este viaje por Argentina. De las semanas que pasé allí hablo sobre lo referido al centro de interés del viaje, una motivación social y ecológica, dos ámbitos inseparables. He apartado las visiones del turista y los momentos con amigos. El viaje

nació cuando creí que debía cambiar, ampliar una figurada militancia que se limitaba a pagar las cuotas de diversas organizaciones, formarme y divulgar por los pequeños medios a mi alcance, que a veces se limitaban a conversaciones entre amigos. Una mañana sentí que esa aspiración al conocimiento que yo confundía con activismo, tanta lectura y tanta información, me colocaba en un lugar simétrico al del sabio que, indiferente al mundo, sólo aspira al conocimiento de Dios. Me gustaría que el resultado se encuadrara, más bien, en el camino del *bodhisattva*, el de quien prefiere permanecer en la Tierra mientras queden almas sujetas a los vínculos terrenales, antes que entrar en el nirvana; pero, en mi caso, desde este aliento es mucho más mundano, es decir, atañe las cosas terrenales, entendiendo por terrenal lo opuesto a las cosas celestiales.

A quien quiera informarse acerca del fenómeno de la expansión de los cultivos de soja transgénica, le aconsejo que consulte las páginas de GRAIN o Grupo ETC, además de las organizaciones que se van mencionando a lo largo del libro. También, cómo no, las de empresas que comercian con semillas, como Monsanto-Bayer, Corteva, Syngenta-ChemChina o BASF. Las organizaciones campesinas, indígenas, ecologistas, de lucha por los derechos humanos y las redes académicas de investigación —llego a contar hasta 66 diferentes en los estudios que recoge la Fundación Rosa Luxemburgo, Acción por la Biodiversidad de Argentina y BASE-IS de Paraguay— han conseguido organizarse para elaborar mapas que recogen los 941.570 kilómetros cuadrados

de superficie de Sudamérica destinada a este cultivo en 2019 y regada con agrotóxicos —que ya se acerca a las 21 millones de hectáreas en el caso de Argentina—. Se trata de una extensión equivalente a la suma de Francia, Italia, Bélgica, Luxemburgo, Suiza y Eslovenia. Al mismo tiempo, desde sus plataformas se denuncian los asesinatos en conflictos rurales, las muertes por fumigación y los incendios criminales que participan de la misma deforestación que favorece, entre otros males, epidemias como el dengue o la malaria, además de deteriorar o matar el equilibrio del ecosistema y las fuentes vitales de supervivencia.

Informan también acerca de los efectos de los pesticidas que venden los mismos que venden las semillas —sobre todo el glifosato, pero también el propanil, el endosulfán, la cipermetina y varios fungicidas y agrotóxicos prohibidos en muchos países—, que además contaminan ríos y napas de agua, y provocan enfermedades renales, cardíacas, respiratorias, diabetes, hipotiroidismo y problemas reproductivos. En la última década se han interpuesto miles de demandas por los efectos nocivos, sobre todo cáncer, del Roundup, que es el nombre comercial del glifosato. En muchas de ellas se dio la razón al demandante, hasta el punto de que ahora mismo este herbicida está muy cuestionado en varios países, y, al parecer, en algunos hasta se llegará a su prohibición.

Estos mismos grupos, las organizaciones campesinas y ecologistas, avisan acerca de las consecuencias de los organismos modificados genéticamente y de los

agronegocios sobre la salud humana y sobre la salud del planeta. Alianza Biodiversidad, compuesta por trece de las más importantes organizaciones del cono sur de América, mantiene los datos actualizados y reúne, con rigor, buena parte de las noticias sobre economía verde, acción climática, nuevos cultivos, soberanía alimentaria, sistema agroalimentario, semillas criollas y transgénicas, etcétera, en <https://www.biodiversidadla.org/>.

A lo largo de estos años, el fenómeno aparejado a la ampliación de terrenos para cultivos de soja transgénica, que es la emigración a los cinturones de pobreza urbanos, no ha cesado. Se calcula que la población de las Villas Miseria ha crecido cerca de un setenta por ciento desde 2010. Las familias de pequeños agricultores siguen escapando al avance de la frontera agrícola, y algunos siguen hablando de desalojos violentos, con intervención de escuadrones de la muerte. Aunque cualquier razón por la que uno deba abandonar la tierra en la que vive su familia desde hace diez generaciones no puede ser sino violenta.

Transcurrió una docena de años, desde los días en Argentina, hasta que pude poner en orden todos los apuntes del viaje, que casi alcanzaban los mil folios. Tuvo que venir la pandemia del Covid-19 y el confinamiento, una época en la que yo, como tantos otros, tuve dificultades para enfrascarme en el tipo de labor creativa que requiere, por ejemplo, una novela. Al revisar lo escrito, al revisar el viaje, pude filtrar los entusiasmos. Comprobé que sigue intacta la pasión que levantaron las personas con las que me encontré, a veces por un

espíritu de lucha que da envidia a quien tiene por herramienta la palabra y no el cuerpo, y en otras ocasiones, las menos, por efecto rebote. Agradezco a todos ellos, eso sí, la generosidad con su tiempo y la franqueza de sus opiniones. Tengo la impresión de que nadie se escondía, de que nadie salía huyendo, y esa visita a un mundo que me resulta tan ajeno, me atrevería a decir que a un mundo sin cobardía, me lleva a creer que conviví con la gente que vive sin cíclopes, ni lestrigones ni un salvaje Poseidón dentro del alma. El recuerdo verdadero ha pasado a ser la orilla en la que atracar el barco con el que llegamos a Ítaca. Tal vez, como indica Kavafis en su celebrado poema, la impresión que predomina es la de haber aprendido de los sabios de las ciudades egipcias.

*Salamanca, mayo de 2021*



## Salamanca

En su época, se comportó como una progresista al uso, bien dispuesta a las renunciaciones, una de esas personas a las que no les importaría pasar hambre si con ello conquistaran el pan para que una docena de niños se alimentara durante un año en un rincón de África; se comportó como alguien que confunde la compasión con la bondad y la bondad con la limosna.

Cuando la conocí, era profesora de Ciencias Naturales en un colegio. Era una mujer espigada, con la piel hecha fosfatina y el pelo teñido de caoba. Había superado los cincuenta años y el tránsito por cada semana de la existencia había servido para hundir más y más su busto. Con la mella del tiempo, había adquirido la costumbre de arremeter contra las organizaciones ecologistas y la de expresarse con vehemencia a favor de los promotores urbanísticos, que para ella representaban la vanguardia del bienestar social, el colmo del progreso. Y a pesar de todo, impartía el programa de Ciencias Naturales

a alumnos de secundaria, con la convicción de que la verdad se encuentra en los libros de texto, en los artículos de los periódicos locales, en las homilias de los domingos por la mañana, en la boca de los ancianos que mascullan maldiciones contra los cambios, en los medios de seguridad que ofrecen los estados modernos —la policía, los semáforos, las leyes—, y en contra de todo lo que oliera a novedad o a reclamación de justicia universal, en definitiva, a todo lo que le se le antojara que pudiera adjetivarse como rojo o anarquista. Y sin embargo, de vez en cuando aparecía por la sala de profesores con *La resistencia*, de Ernesto Sábato, bajo el ala.

Recuerdo que durante una comida de fin de curso protestó contra las arremetidas que los grupos ecologistas venían prodigando a cuenta de la expansión de los cultivos transgénicos, sobre todo el maíz, que se cultivaba un poco en la región donde ella pasaba buena parte de las vacaciones de verano:

—¿De qué se quejan? —comentó con el aplomo de quien impone su erudición, dado que la materia debía ser parte de su especialidad—. Si son tan beneficiosos. Lo único que hacen las compañías es modificar las plantas para que sean más resistentes a las plagas.

No afirmo nada nuevo si digo que los dueños de las semillas, como Monsanto, Bayer, Syngenta, DuPont, BASF o Dow, y los exportadores de alimentos, como Gargill, Bunge o Dreyfus, están empeñados en obtener beneficios económicos. Por encima de cualquier espíritu compasivo que nos publiciten, como el de ayudarnos creando y comerciando con plantas resistentes a la

sequía y a los parásitos, a las grandes corporaciones les interesa tener el alma en el mercado. Y dan por supuesto que las mejores almas son las que dan más beneficios.

Pensé entonces en un viaje, porque la curiosidad se imponía y uno viaja para reconocer también sus huecos, para aprender sobre el territorio, para dar la mano y afinar los cinco sentidos. Busqué información sobre las secuelas y las enfermedades derivadas de las reacciones entre proteínas, sobre el estrés de un sistema inmunológico puesto a trabajar a todo trapo, al que obligan las modificaciones genéticas. ¿Por qué dudar de los transgénicos? Porque una intuición me aproxima a la conservación de la naturaleza y a la preservación de la vida campesina, a la sencillez del mundo rural reñido con esta revolución verde, y me ubica en la órbita de amantes del aire libre como Gary Snyder, Naomi Klein, Edward O. Wilson, Richard Louv, Thoreau, Félix Rodríguez de la Fuente, David Attenborough o Jaques Costeau.

Busqué información sobre la contaminación que provoca el polen modificado al impregnar las especies puras, las consecuencias tóxicas sobre los insectos encargados de polinizar, o en los microorganismos del suelo, expuestos a venenos como los que emite ese maíz al que defendía la profesora, y sobre potenciales catástrofes en los ecosistemas.

Busqué información sobre los efectos de la expansión de los cultivos transgénicos en la deforestación, sobre la influencia en el cambio climático de la gran agricultura industrial, sobre la pérdida de hábitats na-

turales para miles de especies y las desapariciones de formas culturales, de etnias vinculadas a esos mismos hábitats. La consecuencia del fenómeno es que se está condenando a la Tierra a convertirse antes de tiempo en un inmenso pedregal, en un suelo laterítico que a lo que más se asemeja es al polvo de Marte.

Sé que los estudios científicos sobre transgénicos financiados por la industria tienden a no encontrar problemas, ni para la salud ni para el medio ambiente, mientras que los independientes mencionan afecciones graves, severos trastornos tanto para nosotros como para los océanos y los bosques. Esta política de investigación y comunicación se extiende a otras calamidades, como sucedió con la industria del tabaco, que sufragó cientos de investigaciones tratando de hallar algún tipo de beneficio que fumar pudiera tener para la salud.

Descubrí que tanto la Unión Europea como Estados Unidos, e incluso China, permiten que se concedan patentes sobre la base de recursos genéticos que con frecuencia son recabados en países en vías de desarrollo. Más tarde obligarán a sus poblaciones enteras a pagar enormes cantidades de dinero para disponer de dichas patentes, y todo esto bajo el paraguas de instituciones como la Organización Mundial del Comercio, o bien merced a convenios bilaterales sobre derechos de propiedad intelectual. Los acuerdos que obligan a la gente a aceptar esta condena están firmados casi a punta de pistola, pues el fundamento para que sean respetados son amenazas como la suspensión de la aplicación de beneficios comerciales, la imposición de derechos

aduaneros y las restricciones a los productos del país más débil, por no mencionar cuando se recurre directamente al gravamen unilateral de multas.

Se imponía, entonces, elegir un destino afectado por las consecuencias de la expansión de cultivos transgénicos: maíz en Estados Unidos —ese del que se extrae el jarabe con el que se endulzan los refrescos—; soja en América del Sur —con la que se fabrica la mayor parte del pienso que se arroja a los establos del mundo—; el algodón en la India; el arroz en varios países africanos; la colza, la patata, la berenjena... Cultivos resistentes a herbicidas, resistentes a la sequía o que generan su propio pesticida; plantas, eso sí, tratadas para gestar unas semillas nuevas empobrecidas, que jamás podrán transformarse en nuevas plantas, por lo que resultará imposible conseguir una cosecha de segunda generación. Eso obliga al agricultor a comprar cada año semillas y con ellas los insumos añadidos —fertilizantes, pesticidas, productos de limpieza y desinfección— a las mismas grandes corporaciones, pues los contratos les obligan a adquirir el paquete de productos entero: la semilla y los agrotóxicos.

Sé que es repetitivo, pero volvemos a gritar que detrás del negocio de las modificaciones genéticas hay colonización, mucha codicia; que el modelo de agricultura impone una devastación del suelo, contaminación, depredación social, expolio del patrimonio rural y una larga retahíla de consecuencias que pertenecen a la reivindicación histórica de los movimientos ecologistas y organizaciones como *Survival International*, empeñadas

en salvar a los indígenas, a la naturaleza, a la humanidad. Siempre se puede elegir entre estar en el bando de los que ensucian la Tierra o en el de los que la limpian.

Una de las banderas de los cultivos transgénicos es la modificación *Terminator*, que consiste en la inserción de un gen que esterilizará a las nuevas semillas, regándolas con un tóxico una vez que han madurado. Las semillas que venden las multinacionales están ya cautivas sin necesidad de atraparlas en esta alteración, que me atrevería a llamar crisis y que, por otra parte, está prohibida en la mayoría de los países. Alguien debería explicar a la inocente profesora que las multinacionales asientan sus beneficios sobre las espaldas de los trabajadores del campo de Burkina Faso, de Laos, de Brasil, de la India, de Etiopía, de gente que trabaja en un régimen que uno llamaría esclavitud: las leyes les imponen el pago de unos royalties, por derechos adquiridos, para las compañías, como consecuencia de las patentes registradas, a cambio de unas semillas que carecen de la competencia tradicional. Se trata de otra película de terror en la que la gente muere de verdad. Se trata de una economía que fabrica un mundo de fantasmas en el que el individuo intenta, sacando la nariz fuera del agua, seguir vivo.

El fotógrafo brasileño Sebastião Salgado cuenta, explicando esta versión de la esclavitud, que muchos campesinos de Brasil vendieron sus haciendas a terratenientes por una gran cantidad de dinero. Al poco tiempo y debido a la hiperinflación, ese montante perdió todo su valor. Los campesinos se vieron obligados a

emplearse como jornaleros para la gente que les había comprado las fincas, sin contrato, sin cobertura de salud, sin aportes jubilatorios ni seguro por accidente. A cambio de un salario de hambre, bregan ahora para suministrar beneficios a gente que ya antes poseía el poder del dinero. La única alternativa que les queda son las favelas, donde el hombre se convierte en su propio enemigo.

Las empresas que ostentan las patentes de las semillas transgénicas envían detectives para denunciar por uso indebido, por piratería, a agricultores que han visto su cosecha contaminada, pues el viento ha llevado el polen transgénico hasta su colza o su arroz. Tengo entendido que Monsanto, la empresa que nos ha enseñado que lo contrario a un tomate es *su* tomate, controla el noventa por ciento de la soja mundial; como si se tratara del sheriff de Nottingham, le basta con recaudar un impuesto privado, unos derechos de autor que consternan a quien tiene la sensibilidad puesta al día.

Todas las preguntas que me rondaban por la cabeza, mientras escuchaba la diatriba de la profesora, se hallaban a flor de tierra. Para responderlas, tendría que pisar el mismo suelo por el que caminan los campesinos. Y, sí, sobrevolaban temas como la Revolución Verde, los modelos agrícolas, la seguridad y la soberanía alimentaria, el empobrecimiento de la tierra, la sanidad o las enfermedades —y hasta la muerte—, los agrotóxicos, la contaminación de las napas de agua o el acceso a la comida. Asuntos sobre los que leí miles de páginas para concluir, por ejemplo, que la agricultura campesina

tradicional consume diez veces menos agua y diez veces menos energía, es diez veces más ecológica y diez veces más rentable que el modelo industrial.

Y así fue como terminé viajando a Argentina. Creía que estaba buscando un compendio de la globalización neoliberal —multinacionales que consideran los territorios como fuente de producción, destrucción de economías regionales, trabajo precario, uso espurio del deslumbramiento tecnológico, cosmética publicitaria—, y que para entenderlo mejor me convenía manejarlo en mi idioma natal, de ahí que descartara otros destinos. Recabé información a través de correos, llamadas por teléfono, como a los muchachos de Greenpeace y a la gente del Grupo de Reflexión Rural, y a través de algún medio de comunicación online; y fui aterrizando, con la imaginación, en las provincias de Salta, Jujuy, El Chaco, Santiago del Estero o Tucumán. Encontré una furia que aturde en la información que iba recopilando, tanto por las consecuencias sobre la extensión de la pobreza como por las consecuencias sobre la degradación del planeta.

Pero lo que yo buscaba era, como en cada viaje, poner un rostro a cada abstracción, a cada idea. Me propuse comulgar con los que sienten el viento y con los que plantan la semilla, visitar a los perdedores y maldecir a quienes no se toman ni un minuto libre para hacer de este mundo un lugar muchísimo más feo, muchísimo más intransitable, menos digno de habitar: los poderosos, los más fuertes, los más dañinos.

He incluido momentos de los treinta años que pasé viajando: siempre buscando a los que encuentran dig-

nidad incluso en la derrota. Sigo prefiriendo, una vez quedó atrás toda vehemencia de la juventud, un mercado de una barriada de Delhi al MOMA de Nueva York; los puestos callejeros de una ciudad mejicana a los decorados de Roma; cualquier sendero de Laos, de Nepal, de Myanmar, a las playas que a la entrada tienen un cartel con el rótulo *Laguna Azul*, aunque se encuentren en el Pacífico o en el Caribe; una charca en la cordillera del Atlas a los balnearios de California. Sé que no dejo de ser un turista, tal vez un turista que ha rebajado el grado de sofisticación, pero un turista al fin y al cabo. Es casi imposible no sentirse un intruso en las regiones por las que más he disfrutado moviéndome, por el sencillo hecho de que no se ha ideado, ni se inventará, un camuflaje lo bastante efectivo como para pasar desapercibido entre todas las pieles, entre todos los parajes.

Cierro con los nombres de quienes deberían figurar tanto en la dedicatoria como en los agradecimientos. Quiero destacar a Luis Santucho en Santiago del Estero, Carlos Argañarás en Tucumán, Óscar Delgado en Libertador General San Martín y Rolando Núñez en Resistencia —cuya memoria espero haber ayudado a conservar desde aquí hasta el final de los días, con el deseo de que sucedan tal y como él acariciaba, tal y como él merecía—. También a Jorge Rulli, que me facilitó la información y me puso en contacto con ellos.



## Editorial Comba

1. Tomás Browne  
*Las semillas de Urano*
2. S. Serrano Poncela  
*La raya oscura*
3. Enrique Lynch  
*Nubarrones*
4. Juan Bautista Durán  
*Convivir con el genio*
5. Andrea Jeftanovic  
*No aceptes caramelos de extraños*
6. Rosa Chacel, Ana María Moix  
*De mar a mar*
7. Matías Correa  
*Geografía de lo inútil*
8. Rosa Chacel  
*La sinrazón*
9. Ernesto Escobar Ulloa  
*Salvo el poder*
10. Alfonso Reyes  
*Memorias de cocina y bodega*
11. Esmeralda Berbel  
*Detrás y delante de los puentes*
12. Ignacio Viladevall  
*Luz de las mariposas*
13. Tatiana Goransky  
*Los impecables*
14. Andrea Jeftanovic  
*Destinos errantes*

15. Federico Valenciano  
*Frontera con la nada*
16. Constanza Ternicier  
*La trayectoria de los aviones en el aire*
17. Rodrigo Díaz Cortez  
*Metales rojos*
18. Rosa Chacel  
*Memorias de Leticia Valle*
19. Jordi Dalmau y Lidia Górriz  
*Un nido de agujas en el colchón*
20. Tomás Browne  
*Silbar los viajes*
21. Tatiana Goransky  
*Fade out*
22. Karla Suárez  
*El hijo del héroe*
23. Daniel Mella  
*El hermano mayor*
24. Daniel Mella  
*Lava*
25. Miki Naranja  
*Palabras de perdiz*
26. Esmeralda Berbel  
*Irse*
27. Jimena Néspolo  
*Las cuatro patas del amor*
28. Juan Villa  
*Voces de La Vera*
29. Silvia Eugenia Castellero  
*Eloísa*

30. Karla Suárez  
*Habana año cero*
31. Jordi Dalmau y Lidia Górriz  
*El lanzador de libros*
32. Osías Stutman  
*Mis vidas galantes*
33. Rosario Izquierdo  
*El hijo zurdo*
34. Daniel Mella  
*Trilogía del dolor*
35. Miguel de Unamuno y Joan Maragall  
*Epistolario*
36. Juan Bautista Durán  
*Tantas cosas dicen*
37. Rosa Chacel  
*La confesión*
38. Rosario Izquierdo  
*Lejana y rosa*
39. Flavia Company  
*Dame placer*
40. Esmeralda Berbel  
*Habitarlo todo* seguido de *Calma corazón, calma*
41. Miguel Ángel González  
*Un nublao de tiniebla y pedernal*
42. Flavia Company  
*La dimensión del deseo por metros cuadrados*
43. Juan Villa, Constanza Ternicier, Karla Suárez,  
Ana Santamaría, Andrea Mayo, Miguel Ángel  
González, Ernesto Escobar Ulloa y Juan Bautista  
Durán

*De la solastalgia*  
*ocho relatos naturales*

44. Andrea Mayo

*La planta carnívora*

45. Ricardo Martínez Llorca

*El viento y la semilla*

Como si anduviera tras los fundamentos y las consecuencias de la globalización, Ricardo Martínez Llorca emprende viaje por una región de Argentina ajena a cualquier tipo de turismo. Recorre miles de kilómetros del llamado «desierto verde», donde las grandes extensiones agrícolas dedicadas a la soja transgénica se han adueñado del territorio. Esta colonización incrementa la emigración a los cinturones de pobreza urbanos, y conlleva la desaparición de culturas, etnias y especies animales. Nos encontramos frente a la deforestación del bosque chaqueño, la segunda mayor masa forestal de Sudamérica, y la aparición de enfermedades vinculadas a los pesticidas con que se fumigan las plantaciones. «—A nosotros cualquier vivo nos divide —dice un campesino—. Eso es lo que ha pasado hasta ahora. Nos es más fácil creerles a ustedes que vienen de fuera que al compañero de al lado. Ustedes han estudiado y nosotros sólo hemos vivido.» El autor ejecuta en *El viento y la semilla* una descomunal labor a partir de entrevistas con abogados, ecologistas, empresarios y todo tipo de personas con inquietudes sociales o intereses en el negocio de la soja. Nos recuerda que se está haciendo cada vez más tarde, y propone soluciones vinculadas a las dimensiones humanas y a las mejores creaciones del hombre: las poéticas y las solidarias. Un libro que reclama un poco más de sensatez en el gobierno del mundo.



Ocho años saltando a las letras hispánicas  
2014 - 2022